

De los prodigios y maravillas de una espada que **Arturo** sacó de una piedra

Thomas Malory



El reino había estado en grave peligro durante mucho tiempo, ya que cada uno de los señores feudales con bastantes hombres a su disposición se sentía poderoso y muchos hasta pensaron en proclamarse rey. Entonces Merlín, el mago, fue a ver al arzobispo de Canterbury y le aconsejó que despachara mensajes a esos señores, así como también a todos los gentileshombres de armas, citándolos a reunirse en Londres para la Navidad, bajo pena de execración; el motivo de la cita era éste: que Jesús, nacido esa noche, hiciera con su gran misericordia algún milagro, pues había venido a ser rey de la humanidad, y con ese milagro les señalara quién debía ser el legítimo rey del reino. Atendiendo a este consejo de Merlín, el arzobispo mandó que todos los señores y gentileshombres de armas estuviesen en Londres para Navidad. Muchos de ellos, con penitencias, purificaron su vida, a fin de que sus oraciones resultaran más aceptables a Dios.

Mucho antes de amanecer ya estaban todos instalados en la mayor iglesia de Londres, dispuestos a rezar. Una vez que terminaron los maitines y la misa primera, vieron que



en el patio de la iglesia, frente el altar mayor, había una gran piedra cuadrada, como un bloque de mármol, y que sobre su parte central había una especie de yunque de acero de un pie de alto, y ensartada en él de punta, una hermosa espada desnuda, en la que estaban escritas en oro las siguientes palabras:

QUIEN SAQUE ESTA ESPADA DE ESTA PIEDRA Y YUNQUE,
ES LEGITIMO REY NATO DE TODA INGLATERRA.

La gente, maravillada, fue a contárselo al arzobispo.

—Os ordeno —les dijo éste— permanecer dentro de la iglesia y seguir rezando a Dios. Que ningún hombre toque la espada hasta que haya acabado la misa mayor.

Y efectivamente, cuando terminaron las misas, partieron todos juntos a ver la piedra y la espada. Al leer su leyenda, algunos, los que querían ser rey, intentaron sacarla. Pero nadie pudo ni siquiera moverla.

—No está aquí —dijo el arzobispo— el que ha de conseguir la espada, pero no dudéis que Dios nos lo dará a conocer. Éste es mi consejo: que designemos diez caballeros, hombres de buena fama, para que resguarden esta espada.

Así se hizo, y se pregonó que cualquiera que tuviese interés podía intentar sacar la espada. El día de Año Nuevo los barones hicieron un torneo y justa para que todos los caballeros que quisiesen justar o tornear pudiesen hacerlo. Y todo esto se dispuso con objeto de tener juntos a señores y comunes, pues el arzobispo confiaba en que Dios le haría saber quién ganaría la espada.

El día de Año Nuevo, cuando terminaron los servicios religiosos, los barones se dirigieron al campo, unos a las justas y otros a los torneos. Y acaeció que sir Héctor, que tenía grandes posesiones en Londres, acudió a la justa con su hijo sir Kay y el joven Arturo, hermano de leche de éste. Sir Kay había sido hecho caballero en la anterior fiesta de Todos los Santos. Mientras cabalgaban camino de la justa, sir Kay echó de menos su espada, que se le había quedado en casa de su padre, y rogó al joven Arturo que fuese a buscarla.

—Con el mayor gusto lo haré —dijo Arturo, y cabalgó deprisa en busca de la espada. Pero cuando llegó a la casa, la señora y todos se habían ido a ver las justas. Entonces Arturo, contrariado, se dijo: “Iré al atrio de la iglesia y me llevaré la espada que hay hundida en la piedra, pues no estará mi hermano sir Kay sin espada este día”.

Una vez ante el atrio de la iglesia se apeó sir Arturo, ató el caballo en la entrada, fue a la tienda y no halló ahí a ningún caballero, ya que estaban en la justa; tomó la espada por el puño y la sacó de la piedra vigorosamente, con facilidad; montó de nuevo, emprendió el camino, fue donde su hermano sir Kay y le entregó la espada.

En cuanto la vio, sir Kay supo que era la espada de la piedra; así que fue a su padre, sir Héctor, y dijo:





—Señor, aquí está la espada de la piedra; por tanto debo ser rey de esta tierra.

Sir Héctor vio la espada, volvió a la iglesia, se apearon allí los tres, y entraron. Y de inmediato le ordenó a sir Kay que dijese, jurando sobre los Evangelios cómo había obtenido la espada.

—Señor —dijo sir Kay—, por mi hermano Arturo, pues él me la ha traído.

—¿Cómo habéis sacado esta espada? —dijo sir Héctor a Arturo.

—Señor, al volver por la espada de mi hermano no hallé a nadie en la casa para que me la entregase; y pensando que mi hermano no debía quedar sin espada, vine aquí con presteza y la saqué de la piedra sin esfuerzo.

—¿Hallasteis algún caballero junto a esta espada? —dijo sir Héctor.

—No —dijo Arturo.

—Ahora comprendo —dijo sir Héctor a Arturo— que tú debes ser rey de esta tierra.

—¿Por qué yo —dijo Arturo—, y por qué motivo?

—Señor —dijo Héctor—, Dios así lo quiere, pues ningún hombre habría sacado esta espada, sino el que será legítimo rey de esta tierra. Ahora mostradme si podéis meter la espada donde estaba, y sacarla otra vez.

—Eso no requiere ninguna destreza —dijo Arturo, y la hundió en la piedra. A continuación sir Héctor intentó sacarla, y no pudo.

—Ahora probad vos —dijo sir Héctor a sir Kay. Éste tiró de la espada con todas sus fuerzas, pero no salió—. Ahora vos —dijo sir Héctor a Arturo.

—Con todo gusto —dijo Arturo, y la sacó fácilmente. Al ver esto se arrodillaron en tierra sir Héctor y sir Kay—. ¡Ay!, padre mío y hermano mío, ¿por qué os arrodilláis ante mí?

—No, no, mi señor Arturo; no me llaméis así. Yo nunca he sido vuestro padre ni de vuestra sangre, pero ahora veo que sois de sangre más alta de lo que yo pensaba —y entonces sir Héctor se lo contó todo, cómo había sido entregado a él para que lo criase, y por mandamiento de quién, y por entrega de Merlín. Arturo se dolió mucho al saber que sir Héctor no era su padre—.

—Señor —dijo Héctor a Arturo—, ¿querréis ser mi bueno y gentil señor cuando seáis rey?

—Si no fuera así merecería reprobación —dijo Arturo— pues sois el hombre del mundo al que estoy más obligado, y a mi buena señora y madre, vuestra esposa, que me ha criado y guardado como hijo suyo. Y si es voluntad de Dios que sea yo rey como decís, podréis pedir de mí cuanto yo pueda hacer, que no os defraudaré. No permita Dios que yo os defraude.



—Señor —dijo sir Héctor—, sólo os pido que hagáis a mi hijo, hermano vuestro de leche, sir Kay, administrador de todas vuestras tierras.

—Así se hará —dijo Arturo—; y más aún, nadie sino él tendrá ese oficio mientras él y yo vivamos.

Fueron entonces al arzobispo y le contaron cómo había sido retirada la espada y por quién. Acudieron allí todos los señores el día de la Epifanía, y trataron de sacar la espada, los que querían probar. Pero delante de todos, no la pudo tomar nadie sino Arturo; muchos señores se enojaron por eso y dijeron que era una afrenta para ellos, y para el reino, ser gobernados por un mancebo que no era de sangre alta. Fue tal la disputa que se dieron plazo hasta la Candelaria, día en que debían reunirse todos los barones allí otra vez. Se dispuso que mientras tanto, los diez caballeros siguiesen velando la espada día y noche, por lo que instalaron un pabellón sobre la piedra y la espada, velando siempre cinco.

Ocurrió que el día de la Candelaria acudieron muchos más grandes señores deseosos de ganar la espada, pero no lo consiguió ninguno. Tal como lo había hecho Arturo en Navidad, volvió a hacerlo ahora y sacó la espada fácilmente, con lo que los barones de nuevo se sintieron agraviados y aplazaron la prueba hasta la gran fiesta de Pascua de Resurrección. Y del mismo modo que la había conseguido antes, la consiguió Arturo en Pascua, aunque a algunos de los grandes señores les indignaba que Arturo fuese rey, y aplazaron entonces la prueba hasta la fiesta de Pentecostés. El arzobispo de Canterbury, por consejo de Merlín, mandó llamar entonces a los mejores caballeros que se pudiesen tener, a los que Uther Pendragon había amado más, y en quienes más había confiado en sus días. Y fueron puestos alrededor de Arturo caballeros como sir Baudwin de Bretaña, sir Kay, sir Ulfius y sir Brastias. Todos ellos, con otros muchos, permanecieron junto a Arturo día y noche hasta la fiesta de Pentecostés.

Y en Pentecostés probó a sacar la espada toda clase de hombres, sin que ninguno lograra salir airoso salvo Arturo, que la sacó ante todos los señores y comunes que allí estaban, con lo cual de entre la gente gritó una voz:

—Queremos a Arturo por rey; no queremos más demora, pues vemos que es voluntad de Dios que él sea nuestro rey, y mataremos al que se oponga.

Seguidamente se arrodillaron todos a un tiempo, ricos y pobres, suplicando a Arturo que les perdonara haberlo postergado tanto tiempo. Los perdonó Arturo, tomó la espada con ambas manos y la ofrendó sobre el altar donde estaba el arzobispo, y fue hecho caballero por el mejor hombre de los que allí estaban.

Después de eso tuvo lugar la coronación. Y allí Arturo juró a sus señores y comunes ser rey verdadero, y mantener la justicia mientras viviese. ✱

